

The background of the book cover is a photograph of a woman in a long, dark, flowing dress standing on a balcony or terrace. She is seen from behind, looking out over a cityscape at sunset or sunrise. The sky is a mix of orange, yellow, and blue. In the background, there are classical buildings with columns and windows. A large, ornate column is visible on the right side. The overall mood is romantic and evocative.

A
VECES
la TARDE
MIENTE



JUDITH
MENDOZA-WHITE

emecé

Judith Mendoza-White

A veces la tarde miente



emecé
escritores argentinos

La cubierta del *Ile de France*, buque de crucero de la flota Services Maritimes de France, estaba húmeda de mar y niebla cuando Jean-Paul de la Ferrere decidió salir a estirar las piernas luego de terminada la primera comida a bordo. Acodado en la barandilla resbaladiza de proa, buscó un último atisbo de los contornos de Buenos Aires, la ciudad que acababan de dejar atrás. Escudriñando el horizonte con el ceño fruncido y la ayuda de la luz de la luna, finalmente creyó apresar una visión postrera de la ciudad que lo había atrapado en su vorágine de ardor y furia. Jean-Paul de la Ferrere no sabría jamás que su última noche en Buenos Aires, ciudad donde no volvería a poner un pie en la vida, marcaría el destino de dos familias y varias generaciones.

La cena de bienvenida en el salón restaurante de primera clase había sido abundante en platos y vinos exóticos, y el estómago de monsieur De la Ferrere protestaba débilmente contra la carga inesperada de sabores y combinaciones desconocidas. Frotando con delicadeza la curva afectada bajo el chaleco de paño inglés, buscó una reposera y se reclinó con las manos cruzadas sobre el vientre. Los ecos de la orquesta todavía resonaban en el salón de baile vecino al comedor, pero algunas parejas ya comenzaban a aparecer en cubierta para el obligado paseo nocturno.

Monsieur De la Ferrere contempló el borde de las faldas que se deslizaban frente a sus ojos con el crujido inconfundible de la seda nueva, el talle diminuto de las figuras femeninas apresado en corsés implacables, las redondeces de las faldas que se abultaban en la parte posterior en curvas rotundas, casi descaradas. Pensó en el éxito de ese viaje, que acercaría su fama internacional como poeta y académico a América Latina, en la elegancia del alojamiento ofrecido por el diputado Miguel Anchorena, que pese a los detalles de exquisito gusto escogidos por su esposa Delfina, no podía compararse con las residencias de la nobleza francesa que acostumbraba frecuentar.

Una joven morena de figura baja y redondeada pasó a su lado del brazo de un caballero mayor. El borde de encaje de la falda clara rozó la punta de charol de los zapatos de monsieur De la Ferrere con un susurro efímero, de notas acariciantes. Pensó en la noche anterior, la última de su estadía en Buenos Aires, en la curva pesada de los pechos de la mujer que lo había acompañado, en el nombre del burdel que había llegado a sus oídos a través de intercambios masculinos masculados, secretos.

Pensó en palanganas de agua y olor a permanganato, en música y risas apagadas bajo la carga del placer prometido o aguardado, en senos desbordados sobre sábanas húmedas, en visiones secretas ofrecidas sin misterio ni pudor, y el recuerdo se inflamó en sus ingles. Incómodo, se incorporó en la reposera y extrajo la libreta y el lápiz que siempre llevaba en el bolsillo interior de la levita.

Una nube solitaria ensombreció la luna, sumiendo a los paseantes en la oscuridad durante un largo momento. Cuando el resplandor volvió a iluminar la cubierta el lápiz de monsieur De la Ferrere se deslizó sobre el papel con premura,

como intentando apresar un recuerdo que ya comenzaba a escurrirse entre sus dedos.

*Femme de Buenos Aires,
ton image se prolonge
sur les vagues qui prédisent
des retours, des départs...*¹

El lápiz siguió arañando el papel, tachando una línea, re-escribiendo una palabra, pero casi sin detenerse. Otra nube, más espesa que la anterior, se apresuró en el cielo nocturno envolviendo al *Ile de France* en una semioscuridad tormentosa.

M. De la Ferrere se estremeció con una desagradable sensación desligada de la súbita oscuridad de cubierta, que le oprimió el pecho durante un largo momento. Sacudiéndose la idea con un suspiro cerró el cuadernito, lo devolvió al bolsillo interior del abrigo de paño inglés y se puso de pie, decidiendo que había tiempo para un café y coñac en el salón restaurante antes de retirarse a su camarote para el descanso nocturno.

* * *

[Diario *La Nación*, sección «Sociedad», 25 de febrero de 1887.]

La residencia del diputado Miguel Anchorena y su distinguida esposa, Delfina Sáez de Anchorena, abrió sus puertas a lo más selecto de la sociedad de Buenos Aires el sábado 19 del corriente mes para despedir a monsieur *le docteur* Jean-Paul de la Ferrere, afamado catedrático

1. «Mujer de Buenos Aires,/ tu imagen se prolonga/ sobre olas que presagian/ retornos o partidas...»

y poeta proveniente de París, Francia. M. De la Ferrere, quien llegara a esta ciudad convocado por la Embajada de Francia en Buenos Aires, ofreció durante su visita una serie de conferencias sobre sus recientes publicaciones en literatura francesa.

El matrimonio Anchorena tuvo el honor y el placer de ofrecer alojamiento a M. De la Ferrere durante su estadía en la ciudad y puso el broche de oro a la visita con esta recepción. Durante la velada, M. De la Ferrere deleitó a la distinguida concurrencia, que incluyó a destacadas personalidades del mundo académico nacional, con el recitado de algunos poemas selectos de su autoría.

El excelso visitante se embarcó con destino a Francia el domingo 22 del corriente mes a bordo del *Ile de France*, buque de la flota Services Maritimes de la France International.

Bajo el texto se observan dos grabados: uno muestra el retrato de un hombre de ojos oscuros y mirada solemne, bigotes levemente enroscados en las puntas y barba corta, tocado con una galera de felpa negra. En la segunda fotografía, el mismo hombre ocupa el sitio de honor en una larga mesa. Lo rodea un grupo de hombres vestidos con traje negro de gala y mujeres de elegantes atuendos de verano en tonos claros, tocadas por complicados sombreros a la última moda.

Debajo del retrato se lee: «Monsieur *le docteur* Jean-Paul de la Ferrere, de la Académie française». Debajo de la foto grupal: «Fastuosa recepción en la residencia del diputado Anchorena para despedir al ilustre visitante proveniente de Europa».

PRIMERA PARTE

La siesta de otoño envuelve las calles en un capullo de quietud adormecida. Un susurro de hojas secas se desliza sobre veredas acanaladas, trepa tímidamente las celosías cerradas a las ráfagas frescas de finales de abril.

En el cuarto trasero de una casa como tantas otras, una cabeza oscura se inclina sobre un pliego de papel.

[...] porque aun si mi amor por vos es todo eso y más ya no me importa, porque aunque me den ganas de gritar de dolor sé que jamás podré volver a tocarlo, a mirar tus ojos en esta vida. Y si es cierto que nos vamos a ir al infierno por haber violado la ley de Dios y de los hombres, siquiera me queda la esperanza de que ahí, al menos, tal vez podamos al fin estar juntos para siempre.

Los dedos crispados en derredor de la pluma se aflojan. La angustia de los ojos que recorren la tinta todavía húmeda se intensifica, se reproduce en el temblor de los dedos sobre las sienes palpitantes.

Una mancha azulada se alarga sobre el papel secante, derramándose en una sombra de contornos fantasmales. La hiedra espesa que cubre la pared exterior se asoma por la ventana entreabierta en una guía solitaria. Sus hojas verdes y blancas en

forma de corazón desdibujado se agitan contra el vidrio, golpean una melodía disonante en el silencio de la tarde dormida.

Las preguntas regresan una vez más, insistentes, indiferentes al dolor de la mirada sombría del hombre que acompaña el ritmo apaciguado de la hiedra en la ventana.

¿Cuál fue el comienzo?

¿Hubo acaso un momento fatídico, determinado, señalando su destino y el de los otros, agitándolos como títeres de una penosa pantomima donde el amor y el dolor se revelarían los verdaderos protagonistas?

La tarde susurró su brisa sin respuestas.

El principio estaba en la tarde del lunes 13 de junio de 1907. Los hilos de una trama inexorable se cruzaron entonces en una espesa telaraña insospechada que atrapó su vida y la de los demás.

Pero esa tarde estaba, como tantas otras, ya desdibujada en el tiempo y la memoria.

1907
(13 de junio)

Buenos Aires

Josefina

El lunes 13 de junio de 1907, Josefina Mitre Ocampo cumplió seis años. Su día comenzó como de costumbre, a las siete en punto de la mañana. La *nurse* inglesa no creía en hacer concesiones sobre los horarios establecidos para los niños a su cargo y Josefina no sería la excepción, ni siquiera el día de su cumpleaños. La *nurse* la ayudó a sacarse el camisón de algodón blanco con terminaciones de puntillas, le colocó una toalla sobre los hombros y le ordenó lavarse la cara y las manos en la jofaina de agua tibia. La blusa de piqué almidonada aguardaba extendida a los pies de la cama, el vestido de paño escocés, colgado en el perchero junto a un bolsillito de flores de lavanda.

Josefina se sentó frente al tocador y la *nurse* comenzó a desatarle las tiras de tela que le anudaban los rizos de cabello castaño. La niña se entretuvo observándola durante el largo procedimiento: enroscaba cada mechón alrededor del dedo índice, lo peinaba luego en redondo y lo dejaba caer en un tirabuzón brillante y saltarín. A veces, cuando nadie la veía,

Josefina se encerraba en el cuarto de baño de su madre y pasaba largos ratos mirándose en el espejo con marco de rosas talladas, lavándose la cara con el jabón Reuter, deshaciendo la cinta que le sujetaba los bucles, enroscándolos como hacía la niñera en estos momentos para verlos rebotar como un resorte travieso.

A las siete y media el día finalmente comenzó a ser lo que un día de cumpleaños debe ser. Su madre entró a saludarla como hacía a diario. Josefina dio un salto, corrió hacia ella y se arrojó contra su pecho con un crujido de seda nueva.

—¡Mamá!

Su madre le besó las mejillas una y otra vez.

—Feliz cumpleaños, hijita mía. Que Dios te de muchísimos más.

—Tus abuelos acaban de llegar —anunció después, acariciándole los rizos recién peinados—. A las ocho iremos a desayunar a El Molino.

Josefina corrió a la ventana y vio el coche que aguardaba en la puerta que daba a la calle Tucumán. Su madre sonrió ante su risa aguda de pura felicidad, se arrodilló y volvió a encerrarla en un abrazo apretado bajo la mirada de desaprobación de la *nurse* inglesa.

Josefina se arrebujó contra ella aspirando el perfume conocido y protector y pensó que ese era el día más maravilloso de su vida. Los regalos sin duda esperaban ya sobre la mesa de la sala, había que darse prisa y terminar de arreglarse. Casi le parecía oír el crujido del papel al romperse —siempre se rompía, aunque una abriera los paquetes con todo cuidado— para dejar al descubierto la muñeca rubia que le había pedido a su madre semanas atrás.

Su amiga, Celia Álzaga, vendría a la tarde para el té de cumpleaños y seguramente criticaría el regalo, porque Celia

siempre decía que sus juguetes y sus vestidos eran mejores que los de las demás. A ella no le importaba y además no era verdad; Celia tenía muchos hermanos y hermanas y recibía menos regalos que ella, Josefina, que no tenía ninguno.

«*Jalouse*», había dictaminado *madame* Verlaux, la institutriz francesa que acaba de instalarse en la casa, luego de la última visita de Celia.

«Envidioso es el que quiere lo que el otro tiene», había explicado en respuesta a la mirada de incompreensión de la niña. «*Celui qui veut ce que l'autre possède.*»

Josefina había pensado que ella nunca desearía lo que tuviera otro... ¿Por qué habría de hacerlo si sus padres le compraban tantos juguetes y vestidos como se le antojaba, si tenía coche para ir de paseo a Palermo todos los días, si ese día sin duda recibiría la muñeca rubia que abría y cerraba los ojos de la vidriera de Gath y Chavez, si cuando fuera grande se casaría con un príncipe alto y buen mozo y serían felices para siempre?

Cada mañana, el primer pensamiento de Emilia Mitre es para Josefina. La expectativa de la calidez de su piel encendida de sueño, del cuerpecito tibio entre sus brazos en el primer abrazo del día, la regocija como un premio renovado a diario, y la sorprende cada vez la intensidad de ese amor perfecto.

Ahora, mientras la *nurse* pone el toque final al peinado de Josefina con una cinta escocesa, Emilia se extasía contemplando a su hija. El exquisito dormitorio rosa y marfil provee un digno marco a la heredera de los Mitre: el mobiliario francés de madera noble y clara otorga luminosidad y alcurnia; las baldosas españolas esparcen sutiles ramilletes color rosa

pálido a los pies de la niña, sin entorpecer la extensión de mármol blanco que salpican con estudiada infrecuencia.

Como tantas otras veces, Emilia Mitre piensa en el milagro de esa vida inesperada, de ese embarazo concebido cuando ya toda esperanza de ser madre se había perdido en algún momento de más de cuatro décadas de vida y dos de matrimonio estéril. El recuerdo de años de espera y frustración, más tarde de desesperanza y tristeza, no la ha abandonado jamás. El carácter de Emilia Mitre es por naturaleza tan dulce y suave como el de su hija, lo cual le impidió imbuirse de amargura durante esas décadas vacías, que sin embargo se habían teñido de una melancolía cada vez más profunda.

—Ya estoy lista, mamá —anuncia Josefina poniendo sus deditos en los suyos.

Emilia Mitre piensa como tantas veces antes en el comienzo de esa vida, en su vientre aleteando bajo su mano incrédula, quebrando su destino de mujer yerma, inútil a los ojos de su marido y del mundo. Se arrodilla junto a su hija y la abraza nuevamente recordando noches de dicha tan profunda, que el sueño eludía su cuerpo rejuvenecido en el maravilloso secreto, días de magia donde no había más mundo que la curva de su vientre.

Josefina baja la escalera aferrada a su mano, sus pasos breves saltando los escalones con la ansiedad del día de cumpleaños, de los regalos que aguardan en su escondite de moños y papel de seda. Emilia Mitre piensa en la mañana de sol y frío, seis años atrás, cuando viera por primera vez el rostro de su hija, y el recuerdo derrite una luz tibia en sus entrañas.

En ese primer año de la vida de Josefina, la dama había descuidado sus deberes sociales, el manejo de la enorme residencia a su cargo, las visitas y recibos que su círculo social exigía. Sus horas se fundían en los enormes ojos grises

que buscaban los suyos desde las profundidades de volados y puntillas, devolviendo vida a la cuna francesa que había albergado a varias generaciones de los Mitre.

Los dedos de Josefina desatan cintas, desgarran papeles coloridos bajo la mirada de sus abuelos, de la *nurse* que se ha reunido con ellos escaleras abajo. Emilia Mitre recuerda la desaprobación de la *nurse* en aquellos primeros días, cuando la devoción y la presencia constante de la madre volvían su presencia y su trabajo innecesarios —desaprobación que se convertiría en mudo y constante reproche a lo largo de los años de la infancia de Josefina—. La institutriz francesa que acaba de instalarse en la residencia para ocuparse de la educación formal de Josefina, y que reemplazará a la *nurse* en todas sus funciones a partir de fin de año, parece compartir esta opinión con respecto al mutuo y desmedido cariño entre madre e hija.

El doctor Mitre las aguarda al pie de la escalera, una amplia sonrisa guarecida bajo las líneas del bigote espeso. Josefina desciende los últimos escalones casi corriendo, se arroja en sus brazos para recibir su saludo de cumpleaños. El doctor Mitre besa los cabellos de la niña y la conduce hasta los regalos que aguardan sobre la larga mesa de roble que domina la sala.

Una muñeca de rizos rubios se descubre frente a los ojos maravillados de la niña. Josefina la toma entre sus brazos, la reclina contra su pecho y la muñeca cierra los párpados. Su risa hace eco en las sonrisas de los abuelos, de sus padres; en las miradas suavizadas de los criados que se deslizan a su alrededor.

Los ojos de la muñeca son redondos, desmesurados en el círculo de porcelana pintada. Emilia Mitre vuelve a pensar en los primeros días de Josefina, en esos ojos cuyo color asombraba y encantaba a los visitantes de la exquisita *nursery*. Las

amigas, que se agolpaban sobre la nube blanca del moisés engalanado, habían vaticinado la transformación de ese gris claro de pureza sorprendente, su pérdida ineludible con el paso de los años. Su matiz único se rastreó hasta una tatarabuela Mitre cuya famosa belleza le había ganado la admiración y la fortuna de un duque italiano, de paso por Buenos Aires, hacia la mitad del siglo que terminara con el nacimiento de Josefina. Contrariando toda predicción, el sexto cumpleaños de Josefina encuentra su mirada inalterada, el transparente gris de gota de agua ilumina los enormes ojos, cuyo tamaño exageran la pequeñez de la nariz y los labios sonrosados.

Más papeles brillan entre las manos de Josefina; su sonrisa luminosa hace de cada regalo un presente para quienes la rodean. Emilia Mitre sabe que su hija es el comentario de muchas madres de su entorno; que a menudo se la toma de ejemplo para niñas menos dóciles, menos ansiosas de complacer a quienes la rodean. En su casi medio siglo de vida, la dama ha visto crecer a los hijos, incluso los nietos de sus amigas, y sabe que pocos niños son bendecidos con la paz y la alegría innata que su hija ha demostrado desde el momento en que llegó al mundo.

«Mi tesoro, mi pajarito, viniste al mundo para hacerme feliz», repite cada noche luego de la plegaria que ambas comparten, en tanto la arroja en la camita rosada, le acaricia una y cien veces las mejillas redondas.

Ahora, mientras los sirvientes recogen los papeles esparcidos por el piso y Josefina acuna a la muñeca rubia entre sus brazos, Emilia contempla una vez más la plenitud de esa vida nueva que le fue otorgada seis años atrás. La mucama le acerca el abrigo de la niña. Emilia Mitre le prende los botones, le ajusta el sombrerito a juego con el paño rojo oscuro del abrigo.

Su esposo las observa con un brillo emocionado en los ojos claros, cuyo celeste agrisado evoca levemente el plateado fulgurante de los de su hija. Emilia le sonríe por encima de los hombros de la niña, y la mirada del doctor Mitre le devuelve los días lejanos del comienzo de una historia de amor de más de un cuarto de siglo. Los ojos de su esposo nunca han cesado de encontrar en ella a la jovencita frente a quien se arrodillara años atrás, cuando promet o amarla por siempre. Una promesa que se mantuvo inmutable a través de dos décadas de matrimonio sin fruto, durante las cuales las esperanzas de ambos de prolongar el ilustre apellido de los Mitre se habían desdibujado lenta y dolorosamente.

El coche aguarda en la puerta. El chofer, que ha estado con la familia durante casi veinte años, se inclina frente a la niña que ha visto nacer, le desea feliz cumpleaños. Josefina sonríe, le agradece con su vocecita fina, sube al coche en compañía de sus abuelos con la muñeca apretada entre los brazos.

El coche avanza por la calle Tucumán y Emilia Mitre aferra los dedos tibios de su hija entre los suyos, su charla alegre le llena los oídos. Piensa en el desayuno que compartirán en la confitería El Molino, donde sorprenderán a Josefina con una creación exclusiva con glas  rosado y frutillas, una réplica diminuta de la torta de cumpleaños que servirán por la tarde en el t  al que est n invitadas sus amigas. Piensa en seis años de felicidad, de éxtasis maternal, en la plenitud de un matrimonio por amor cuya felicidad alcanzara su punto  lgi-do con la aparición tardía de la pequeña. Una plegaria silenciosa de gratitud inefable crece en su interior y la acompaña por el resto de ese día que señala el nacimiento de Josefina.